

DE 7 333

Flechas a la Luna

Cuando Agata Gligo enfermó de cáncer, su amigo José Donoso le sugirió que escribiese un diario de escritor. Ella así lo hizo y el resultado de ese recuento diario de sus dudas, inquietudes, ánimos y desánimos constituye su libro póstumo, aparecido pocos meses después de su muerte.

“Diario de una pasajera” es notable en muchos aspectos y entre otros méritos tiene el de mostrarnos las complejidades de la creación literaria, la lucha que la escritora emprende para plasmar la estructura, los matices y el tono de una novela que intenta escribir, partiendo de la imagen que alguna vez la conmovió de una salitrera abandonada en el norte. En ese aspecto, el diario de Agata Gligo nos recuerda “La novela de una novela”, de Thomas Mann, en la que describe las vicisitudes de la creación de “Fausto”.

Al entusiasmo con que Agata Gligo comienza a escribir “Boca grande” -así se llamaría su novela- le sigue la decepción. Escribe trozos que satisfacen su exigencia, pero rechaza otros con implacable autocritica. Durante dos años, la escritora lucha contra la enfermedad y contra los personajes de su novela que no se le doblegan. Rompe lo escrito, para volver a comenzar. Al final, con cerca de 200 páginas escritas,



Agata Gligo.

abandona “Boca grande” sintiéndose incapaz de plasmar en palabras su intención primigenia.

Si la novela se hubiera terminado y luego editado, el lector de ella, como solemos hacer los lectores de novelas, la habría leído con mayor o menor interés para después dejar el libro en los anaqueles de su biblioteca y recordarlo sólo para comentarlo entre amigos.

Nunca el lector sospecha siquiera las agonías y

angustias que implican la creación literaria. Sigue una trama interesante y entretenida, lee descripciones con palabras justas para incitar su imaginación y no sabe cuánto ha costado al autor conseguirlo en su autoexigencia por llegar a la perfección. Y no es que el caso de Agata Gligo sea excepcional. Nada de eso. Todo verdadero escritor sufre durante el proceso de la creación, duda sobre la validez de lo que está

haciendo, se desespera al no obtener lo que persigue, la alegría del hallazgo de la palabra, el personaje y el tono del relato justos.

Lo dicho es válido para toda creación artística. Cuando escucho una música que me agrada no puedo menos que pensar cuánto le habrá costado al compositor llegar a esa melodía que me deleita. No puedo menos que sentir un gran sentimiento de culpa cuando voy a una exposición plástica y recorro en pocos minutos los cuadros; me detengo

brevemente frente a ellos sabiendo que tras cada una de esas obras ha habido un largo tiempo de elaboración, de frustraciones y logros que han quedado plasmados en la obra de arte. Por eso, prefiero no ir a las exposiciones cuando el pintor está presente. Mi breve visita me parece un insulto hacia él.

A veces cuando escribo una obra dramática, me detengo largo rato buscando la réplica precisa de un personaje o las palabras con las que debo

construir un pequeño monólogo que sintetice el sentido del drama, y después, cuando la obra se presenta al público, nunca deja de sorprenderme cómo eso que costó tanto obtener se desliza fluidamente desde la boca de los actores sin que nada denuncie mi empeñosa búsqueda.

Cada vez que me detengo a pensar en los azarosos vericuetos que tiene el proceso creativo, termino recordando a mi profesor de Filosofía en el colegio. El me enseñó muchas cosas que ya he olvidado, pero lo que sí recuerdo es una historia que solía narrarnos. Se trataba de unos misteriosos arqueros que en las noches de luna llena subían a una alta torre y disparaban sus flechas a la Luna. Y mi profesor terminaba su cuento diciendo “no sé si alguno de los arqueros llegó con sus flechas a la Luna, pero sí sé que todos ellos quedaban satisfechos de haberlo intentado, porque lo importante en el quehacer humano no es tanto lograr la perfección sino intentar alcanzarla”.

Y eso, en definitiva, es lo que hacen los novelistas: intentar crear una realidad perfecta en sí misma. Algunos pocos lo consiguen. Los otros, la mayoría, siguen intentándolo.

Dramaturgo.

La Nación
11-2-98 p. 5

3